



El escritor checo Bohumil Hrabal (1914-1997), en Estrasburgo, en 1987. SOPHIE BASSOULS

BOHUMIL HRABAL

Nórdica edita 'Clases de baile para mayores'



GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES / 368

MANUEL HIDALGO

La cerveza es la certeza

Bohumil Hrabal regaló a su esposa, en uno de sus cumpleaños, una tumba. ¿No es una ocurrencia chocante? Su obsesión por la muerte fue muy temprana, desde que veía pasar a diario cortejos fúnebres, camino de un cementerio próximo, por delante de la casa de sus abuelos. Obsesión, también, muy propia de la cultura de su país. Checoslovaquia (hoy República Checa) ha tenido, en el meollo del Imperio Austro-Húngaro, una historia violenta, y Hrabal nació en los días de la Primera Guerra Mundial, creció en la posguerra y en el problemático período de entreguerras y vivió la ocupación nazi, la Segunda Guerra Mundial y el largo y oscuro tiempo de comunismo prosoviético. ¡La muerte!: el pan nuestro de cada día.

Dicen que Hrabal fue un mujeriego... de una sola mujer. Le gustaban todas, pero amó profundamente a la suya, **Eliska Plevova**, que aparece profusamente en su obra y a la que concedió, en especial, el papel de narradora en *Bodas en casa* (1986), el primer volumen de su trilogía autobiográfica del mismo título. Bohumil y Eliska se casaron en 1956, y compartieron durante mucho tiempo gatos y penalidades en una pequeña casa (sin agua corriente) en Kersko (Bohemia del Este), donde el escritor decidió vivir aislado y alejado.

Eliska murió de cáncer en 1987, y descansa con Bohumil en la tumba que el escritor le re-

galó. Cuando Hrabal murió –¿accidente o suicidio?– fue sepultado, siguiendo sus instrucciones, dentro de un ataúd de roble que lleva en su exterior la siguiente grabación: «Fábrica de Cerveza de Polná». La muerte, el humor

(negro y sarcástico) y la cerveza, tres constantes –como puede comprobarse en *Clases de baile para mayores* (1965)– en la obra y en la vida del escritor, gran aficionado al jarro (a la jarra) y frecuentador habitual de la taberna praguense El Tigre de Oro, en la que fue visitado y fotografiado con **Václav Havel** y **Bill Clinton** después de la liberadora Revolución de Terciopelo. En las tabernas, como es natural, Hrabal bebía, pero también observaba y charlaba con la gente corriente (como él), de la que recogía las historias y personajes atrabiliarios

que pueblan sus novelas y también el lenguaje popular y coloquial que mezcla en sus libros con su prosa elaborada, exquisitamente literaria y, tantas veces, lírica. La cerveza. Su padrastro –quien le dio su apellido– fue encargado de una fábrica de cerveza en Polná y en Nymburk, esta última escenario de una trilogía novelesca de los años 70 que contiene uno de sus mejores relatos, *La pequeña ciudad donde se detuvo el tiempo* (1978). Hrabal nació en Brno –como **Milan Kundera**–, hijo de madre soltera y rechazado por su padre biológico, de ahí –y

hasta el matrimonio de su madre– el cuidado de sus queridos abuelos, reforzado después con el de su pintoresco tío **Josef**, fuente inagotable de historias extravagantes, algunas recogidas en *Clases de baile para mayores*.

Hrabal estudió Derecho sin ganas y sin intención –a la que se atuvo– de ejercer. Hasta 1963, aproximadamente, fue obrero y empleado en los más diversos, duros y humildes oficios. Señalemos tres de ellos, relacionados –experiencia autobiográfica– con tres de sus mejores y más difundidas novelas: ferroviario (*Trenes rigurosamente vigilados*, 1964), operario de una fábrica de reciclaje de papel (*Una soledad demasiado ruidosa*, 1976) y camarero (*Yo serví al rey de Inglaterra*, 1971). **Jiri Menzel**, cineasta de la entonces Nueva Ola checa, adaptó al cine la primera (Oscar de Hollywood a la Mejor Película Extranjera) y la última, y varias más, como *Alondras en el alambre* (1959). El cine, sin duda, ha contribuido a la difusión de Hrabal.

Las fechas de los libros, advierto, pueden ser erróneas, no es fácil establecerlas con precisión, a no ser que uno lea *Los frutos amargos del jardín de las delicias* (Galaxia Gutenberg), la biografía de su también traductora **Monika Zgustova**, que comisarió la estupenda exposición montada este año en la Casa de Lector (Matadero de Madrid), con ocasión del centenario del nacimiento del escritor.

Sucede que Hrabal –que empezó escribiendo y publicando poemas de cierto tono surrealista, como el resto de su producción–, comenzó a editar sus ficciones muy tarde, a los 49 años, y con constantes quebrantos. Comunista durante breve tiempo tras la ocupación nazi, se alejó muy rápidamente del soviétismo y fue permanentemente hostigado, censurado y prohibido totalmente –durante siete años– por las autoridades de su país. La prohibición absoluta llegó, en 1968, tras su compromiso con la Primavera de Praga. No quiso exiliarse nunca, pero se vio obligado a editar clandestinamente (los *samizdat*, ejemplares mecanografiados y fotocopiados) o en el extranjero no pocos de sus libros, de ahí cierta confusión de

EMPEZÓ ESCRIBIENDO POEMAS DE CIERTO TONO SURREALISTA Y EDITÓ FICCIONES A LOS 49 AÑOS. TAMBIÉN FUE, UN TIEMPO, COMUNISTA

fechas respecto a las ediciones normalizadas de sus libros.

Destino, El Aleph y Galaxia Gutenberg han venido siendo los editores regulares de las novelas de Bohumil Hrabal en España, país que visitó en la primera mitad de los años 90 de la mano de la primera editorial. Muy lector de **Kafka** y **Céline**, de los filósofos existencialistas y de **Lao-Tsé**, Hrabal manifestó su admiración por **Séneca**, **Miró**, **Dalí** y **Tàpies**, cuyos cuadros –tantas veces formados por la agregación de materiales pobres– suscitaron el interés del escritor que, a su modo, manejaba idénticos recursos, componiendo una especie de *collages* de historias y personajes en sus novelas, sin ir más lejos en *Clases de baile para mayores*, divertidísimo, tragicómico y extenso monólogo en el que un viejo zapatero narra sin resuello su azarosa vida a una bella joven.

Bohumil Hrabal estaba internado por una severa artritis en el Hospital Bulkova de Praga. El 3 de febrero de 1997 se asomó a la ventana de su habitación del quinto piso y se puso a echar comida a las palomas. Y se precipitó contra el pavimento. La idea del suicidio no le era desconocida ni indeseable.

TEATRO VALLE-INCLÁN

UN FAUSTO NADA INMORTAL

GALA 35º ANIVERSARIO.

Autor: J. W. Goethe/ Versión: Livja Pandur, Omas Pandur y Lada Kastelan/ Dirección: Tomas Pandur/ Escenografía: Sven Jonke/ Vestuario: Felype de Lima/ Iluminación: Cornejo/ Reparto: Víctor Clavijo, Roberto Enríquez, Emilio Gavira, Marina Salas, Ana Wagener y otros.../ Escenario: Valle-Inclán.
Calificación ★★

JAVIER VILLÁN MADRID

Fausto, el hombre que vendió su alma al diablo según Goethe, Marlow y algunas leyendas medievales. En el ecosistema esteticista de Tomas Pandur se sabe cómo empiezan las cosas pero no como terminan. Y, a veces, ni siquiera se sabe cómo empiezan. Tras un cuarto de hora largo en el que Fausto (Roberto Enríquez) expone un largo catálogo de dudas morales y filosóficas, ambiciones de eternidad y de juventud, del conocimiento imposible y del ser humano perdido en los espacios siderales, empieza la acción.

Una mano invisible va escribiendo el texto en el gran muro de tres paneles, un Fausto en cierto sentido subtítulo. Y hace bien pues, en la primera parte, la voz apenas le llega al cuello a Roberto Enríquez. Transparencias llenas de signos esotéricos, fórmulas algebraicas, signos zodiacales y hasta unas figuras que podrían representar el canon, el número áureo de la belleza de Leonardo, pero en gordo. La escenografía es, por lo tanto, bella; el fondo operístico musical, otra belleza, incluso cuando se trufa con aires más modernos como *Torna a Sorrento* o *Pequeña flor*.

Emilio Gavira hace muy bien un Wagner entre cardenal y barítono. A Marina Salas, en Margarita, se le adivina talento y tendrá mejores oportunidades. Mal director de actores Tomas Pandur. Víctor Clavijo, llamado a última hora para sustituir a Antonio Gil, hace lo que puede y no es poco. Si el despido de Gil ha sido por «desavenencias artísticas», lo raro es que no se *desaviniera* todo el elenco. Hasta la excelente Ana Wagener, casi siempre en la excelencia, pasa aquí inadvertida.

Puede que, en nombre de la estética, valga cualquier aventura. Frente al ideologismo explícito, el esteticismo podía ser revolucionario. Lo que ya no es revolucionario es el esteticismo *bonito* de la nada. Hay en este *Fausto*, dentro del limitado cromatismo del rojo, blanco y negro, un *collage* de estéticas enfrentadas. En tal cerro de contradicciones es prácticamente imposible estar de acuerdo en algo. Bellísimos los injertos cinematográficos y fotográficos del inicio de la segunda parte.